

inevitables del desarrollo de la economía de mercado, pero que iban a tomarse medidas para controlar "esa marea humana y persuadirla de volver a casa". En el siguiente número, del 20 de marzo, *Beijing Information* señalaba que la "marea humana" no se extendía únicamente sobre Cantón, sino también sobre Pekín, y que en general, millones de chinos huían de las zonas atrasadas del país hacia ciudades más prósperas de la zona costera. De los cálculos realizados por el Centro de Investigaciones sobre Desarrollo Rural se desprende que en las zonas rurales habría ya 180 millones de "personas inútiles" y que su número aumentaría en el curso del próximo decenio, hasta alcanzar los 240 ó 260 millones. No es necesario citar otras cifras sobre, por ejemplo, la depauperización de

los intelectuales y de los estudiantes, para comprender que los estragos del Thatcherismo en su versión china se encuentran en el origen de los trágicos acontecimientos políticos de estas últimas semanas ocurridos en Pekín.

La pregunta que todo el mundo se formula es la de saber si es posible que este país consiga evitar el estallido de una guerra civil, no porque el Ejército se encuentre dividido, sino porque toda China está sometida a un terrible desequilibrio. El crecimiento de las diferencias entre las provincias ricas y las pobres, entre una minoría de ricos y las masas depauperizadas, es de tal calibre que no permite imaginar quién podría evitar todavía el estallido de la violencia. Todas las clases sociales, empezando por los

obreros y los intelectuales, se encuentran en estado de rebelión. El partido de Deng está prácticamente desorganizado, envenenado por la corrupción y por sus vaivenes políticos, que le han arrebatado toda credibilidad. No hace mucho, Mao enseñaba a los comunistas chinos a "sostenerse sobre dos piernas, la de la organización y la del Ejército", al que se suponía tan integrado en el pueblo como *un pez en el agua*. Pero tras la masacre de la plaza de Tiananmen, la ruptura entre el nuevo Ejército de Deng, equipado con el mejor armamento occidental, y el pueblo ha sido consumada. China parece un dragón sin cabeza, y ninguna nueva *estrella roja* ilumina todavía su horizonte. La de Deng y su equipo se ha teñido de negro en señal de duelo, y además no conduce a ninguna parte.

# El vértigo del crecimiento

## La reforma económica y la revuelta de Tiananmen

ENRIQUE PALAZUELOS

¿Qué influencia ha podido tener la problemática de la reforma económica en la revuelta de Tiananmen? El curso del conflicto invita a considerar que tras las reivindicaciones de democracia política y de denuncia de la corrupción existen múltiples referencias de carácter económico que están afectando a la situación sociopolítica de la China actual. Una lectura fácil de los acontecimientos considera que el conflicto es una consecuencia de la buena marcha de la reforma económica que choca con unas estructuras políticas rígidas y refractarias al cambio; de ahí que se trate de

modificar éstas donde, además, anidan grandes dosis de corrupción.

En noviembre de 1988 se celebró en Shenzhen un coloquio sobre *La retrospectiva y la perspectiva de la reforma económica en China desde 1979 hasta 1988*, que reunió a la mayoría de los economistas reformistas (Ma Hong, Dong Dalin, Zhang Pang y otros), dirigentes de empresas, altos funcionarios y representantes extranjeros de organismos internacionales y de empresas con intereses en China. Además de criticar las interferencias burocráticas de la Administración y los obstáculos del antiguo stema, algunos destacados reformistas señalaron la falta de coherencia entre algunas

reformas emprendidas y la mínima repercusión macroeconómica de la actuación del Gobierno. Por tanto, parece que la valoración del curso de la reforma requiere de matices que eluden lecturas fáciles y unilaterales sobre su incidencia más o menos inmediata sobre este *Mayo chino de 1989*.

La reforma de la agricultura se basa en la descolectivización del régimen de explotación de la tierra (no de la propiedad), y junto a otras medidas sobre los precios y sistema de trabajo, ha conseguido una notable mejora de la producción y de la productividad, además de una mayor diversificación de los cultivos y una mayor dotación alimenticia para la población. Pero también

\* Tomado de *El País*, de Madrid, Nº 83.



se constata una resuelta tendencia a la desigualdad social y territorial; sólo ciertos estratos campesinos, ciertas producciones y zonas (cercañas a los cinturones costeros) se benefician fundamentalmente de ese incremento de rentas.

La *entrada de capital extranjero* ha significado una notable aportación de ahorro externo para desarrollar iniciativas industriales, comerciales, turísticas y financieras. Pero, al mismo tiempo, el tipo de industrialización auspiciado por esos capitales tiene una orientación sesgada hacia líneas de producción poco integradas con el resto de la industria, no tiene en cuenta la dotación de recursos internos y provoca una intensa importación de bienes intermedios que establecen una espiral de dependencia exterior a medio y largo plazo. El endeudamiento actual alcanza tintes delicados si se le contempla en función del déficit que viene registrando la balanza por cuenta corriente.

La *descentralización económica* ha permitido una mayor autonomía administrativa local —sólo en pequeña medida dentro de las empresas—, en tanto que la liberalización parcial de algunos mercados ha dado una mayor agilidad a la economía. Pero ha sido a costa de que las instancias estatales se hayan incapacitado para ejercer ningún tipo de regulación macroe-

conómica, sea monetaria, fiscal o de otro tipo. De ahí deriva la recurrencia a los criterios y métodos administrativos para mantener el control burocrático de una economía que se sumerge en una lógica que escapa a cualquier regulación.

Los incentivos a la producción, la salida de la agricultura de varios millones de campesinos (hacia la ciudad y hacia la importante industria rural), la restricción del número de productos industriales sometidos al plan estatal y el sistema de precios de *doble rail* han incentivado una mayor eficiencia —aún débil— y han conseguido un cierto

ajuste en la política de costos y salarios por parte de las empresas. Pero, igualmente, esas medidas han abierto en exceso el abanico remunerativo y han propiciado una fuerte desigualdad de la renta (según zonas geográficas, tipo de actividades productivas o de servicios), han generado altas tasas de inflación, amplias bolsas de desempleo, y otros fenómenos que amenazan con establecer una dinámica distributiva con amplios estratos marginales y depauperados.

La descentralización y privatización de las redes comerciales ha agilizado el proceso de distribución, pero se ha visto acompañada (especialmente en los productos agrarios y los servicios) de abusivos márgenes de beneficio. La liberalización del comercio exterior ha favorecido el crecimiento económico, pero ha fomentado importaciones innecesarias y exportaciones poco rentables, alentadas por un tipo de cambio que estimula la consecución de divisas por parte de empresas y organismos centrales o locales.

La reforma ha creado un mecanismo económico que no sólo se encuentra sometido a la tensión entre el orden viejo que se resiste a desaparecer y el orden nuevo que todavía no acaba de madurar. Esto es cierto, pero no lo es menos que la dinámica que entrañan muchas medidas reformistas apunta hacia un crecimiento unilateral de algunos estratos sociales y algunos territorios donde se ubican las principa-



les empresas. Alrededor de esos sectores y de esos núcleos urbanos se reorganiza una economía dual donde el atraso y la marginación amenazan con no ser transitorios, sino claramente estructurales, de modo que para que existan esos (minoritarios) polos avanzados se precisa de una mayoría de sectores sociales y de zonas territoriales que esperen vanamente el efecto difusor de una dinámica que, sin embargo, les excluye de la distribución de ese crecimiento. Cuando se alude a un rápido crecimiento económico con tasas medias del 10% anual en la industria, de rentas que se elevan, de salarios dinámicos, etcétera, no puede dejar de preguntarse para qué parte de la población es ese crecimiento y esas rentas.

### ***Extensión del nepotismo***

También el tema de la *corrupción* admite algunas aclaraciones. Existe una extensa y variada gama de prácticas nepóticas, irregulares o simplemente ilegales en el seno del aparato del partido y de la Administración. Ellos son los corrompidos, pero ¿quiénes son los corruptores?, ¿quiénes con simples contactos son los que consiguen la concesión de autorizaciones para importaciones o exportaciones, para la instalación de nuevas empresas, para la instalación de servicios u operaciones financieras o para la realización de actividades comerciales? Pues parece claro que son los comerciantes internos y externos, los financieros recién aterrizados, el capital de empresas mixtas o nacinales y otros *vencedores* en el apoyo de la reforma.

La rebelión está arremetiendo contra un poder omnímodo y despótico, pero está menos claro que la reforma económica china se deba valorar sólo por sus resultados positivos y que los negativos se atribuyan a los obstáculos de la burocracia y del viejo orden. Ese orden está condenado a desaparecer, pero la reforma económica se encuentra en un momento delicado y requiere de cambios sin los cuales el orden emergente significará la renuncia histórica al contenido social defendido por la revolución china desde sus comienzos hace 50 años.

# Marx no estuvo nunca allí

## El país más poblado, entre dos aguas

LUIS RACIONERO



Los disturbios estudiantiles —¿por qué en mayo?— ponen sobre el tapete la delicada tesitura del comunismo chino: cómo cambiar el sistema sin mover sus dirigentes. Para comprender tal encaje de bolillos político es preciso referirse a una mentalidad que se remonta más allá de nuestra era.

Cualquiera que haya leído a los clásicos chinos se habrá percatado de que la ambigüedad, la sutileza y

las medias tintas son consustanciales a su mentalidad. También habrán notado que la intención de la filosofía china es su aplicación directa a la vida. La ambigüedad taoísta —donde la noche empieza a mediodía— ha llegado a la economía en lo que Deng Xiaoping llama "socialismo con características chinas". Si esto es un nuevo sistema económico o un eufemismo para cubrir el paso al capitalismo, el tiempo lo dirá; de momento la retórica nada entre dos aguas con frases como esta: "La línea ideológica formulada en el 11o. Comité Central es integrar el marxismo a las condiciones chinas, llegar a la verdad a través de los hechos, ligar teoría con praxis y proceder a partir la realidad". Esto quiere decir introducir el mecanismo de precios y el mercado en vista de que la planificación ha fracasado. Y añade en el colmo del *chinismo*: "En otras palabras, la línea es adherirse a la esencia del pensamiento del camarada Mao Zedong", que si levantara la cabeza vería el Kentucky Fried Chiken justo delante de su mausoleo. Deng afirma que, según el marxismo, una sociedad comunista es una sociedad en la cual existe considerable